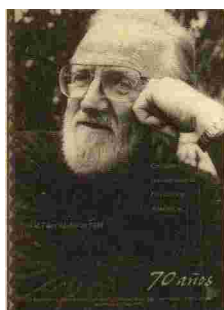


## A propósito de una edición de textos críticos

VV.AA. *Donoso 70 años*. Santiago de Chile, División de Cultura del Ministerio de Educación, 1997.

### Leonidas Morales



En 1994 la Universidad de Chile (Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades) y el Ministerio de Educación (División de Cultura) organizaron un Coloquio Internacional de Escritores y Académicos como homenaje a los 70 años de José Donoso, el novelista chileno más importante del siglo XX. El Coloquio tuvo lugar entre el 5 y el 7 de octubre. Por el prestigio de los invitados (chilenos, latinoamericanos, estadounidenses, europeos) y el interés de las intervenciones, se constituyó en un acontecimiento sin duda inusual dentro de una cultura pública como la de la transición chilena, marcada por la espectacularización de lo banal.

Exactamente tres años después, en octubre del 97, la División de Cultura del Ministerio de Educación publica los textos leídos en aquel Coloquio, reunidos en un libro con el título de *Donoso 70 años*. Excluyendo los protocolos, institucionales o "funcionarios" que abren y cierran el libro, los otros, los que en último término importan, es decir, los de la crítica donosiana, corresponden a las cinco conferencias pronunciadas y, los demás, a las ponencias de quienes integraron las diversas "mesas" en torno a las cuales se estructuró el desarrollo del Coloquio (mesas de académicos, de escritores, de representantes de la crítica periodística).

La lectura de este libro permite llegar rápidamente a dos evidencias mayores, ambas de carácter general pero de naturaleza distinta. Una es, diríamos, interna y tiene que ver con los méritos de los textos en sí mismos como textos críticos. La otra en cambio es externa y afecta a determinadas comprobaciones que el lector hace y que son producto de las características que

asume, en este caso, la operación de edición de estos textos.

Primera evidencia: en principio no puede sino considerarse feliz la decisión de publicarlos (sólo algunos de ellos, por ejemplo la conferencia de José Saramago y la de Amadeo López, habían salido antes en la *Revista Chilena de Literatura*). Lo es porque desde la diversidad de sus temas y enfoques y desde la lucidez de muchos de sus análisis, no hay dudas de que el vasto universo de textos críticos que se despliega en las páginas de *Donoso 70 años* enriquece la ya nutrida bibliografía sobre Donoso (a estas alturas tan universalizada como la difusión de las novelas de este narrador).

Es feliz igualmente el diseño general del libro que los contiene. Y no sólo por el formato y la amplitud de los márgenes que con sus generosos espacios en blanco dotan a la materialidad del texto de una dimensión de holgura y libertad. Lo es, asimismo, por los efectos estéticos de la tipografía y el papel seleccionados, y de la disposición del texto en una contigüidad y diálogo permanentes con reproducciones de pinturas cuyo referente, o estímulo inicial, se halla en los libros de Donoso, y que aparecen en los márgenes del texto o que, de pronto, lo penetran en una relación de superposición o que, a veces, simplemente lo desplazan ocupando la página entera. Por esta vía la lectura de *Donoso 70 años* pasa a ser un acto enmarcado o presidido por constantes visuales que convierten al libro en un objeto físico hermoso.

Pero la segunda evidencia traslada abruptamente al lector desde el espacio donde se precipitan las constataciones felices, a otro donde se suceden, en tropel, las de signo contrario: las infelices, las lamentables, las que producen irritación y ensombrecen las primeras. Estoy hablando, como lo anticipé, de las particulares, por no decir insólitas, características con que se presenta la edición de los textos que se dan a leer en *Donoso 70 años*.

Todos los que habitualmente asisten invitados a Coloquios, Congresos o Seminarios saben bien que si las instituciones organizadoras de estos eventos tienen programado publicar las conferencias y ponencias, les piden autorización a sus autores para hacerlo y les solicitan una copia del texto leído o les dan una dirección a donde pueden enviar posteriormente uno corregido (con ampliaciones o ajustes). Pero los editores de *Donoso 70 años* han omitido este procedimiento, internacionalmente sancionado por lo demás. Es difícil imaginar una explicación razonable a tal omisión, en los dos sentidos señalados (pedir autorización y solicitar una copia del texto).

Dejemos de lado el primer sentido (no por carecer de importancia: un autor que ve publicado un texto suyo sin autorización, y más si aparece manifiestamente alterado, puede desde luego interponer demandas legales), para detenernos en el segundo. Si no se solicitó al autor una copia (y nada hubiera costado hacerlo teniendo tanto tiempo para hacerlo, sobre todo a los autores chilenos), ¿cómo se obtuvieron entonces los textos publicados? Al parecer de la transcripción de las cintas con las grabaciones del Coloquio. Pero aquí comienzan justamente los problemas.

Una parte de estos problemas afecta a la organización formal del texto: el invitado al Coloquio de 1994 descubrirá, al leer *Donoso 70 años*, que lo que en aquella ocasión leyó como conferencia o ponencia aparece ahora, para empezar, puntuado de otra manera (una manera inexperta muchas veces), y con divisiones de párrafos por las que él nunca optó. Quienes transcribieron las grabaciones y editaron así los textos, ¿pensarán que la puntuación es irrelevante, que no es un significante, y que la división en párrafos es una cuestión gratuita y por lo tanto está sometida a criterios perfectamente intercambiables?

El resto de los problemas lo constituyen los profusos errores de interpretación de lo que se oye en las grabaciones, algunos de los cuales son capaces de dejar perplejo hasta al lector más indulgente y cuyo número podría multiplicarse si se tuviera a mano, para comparar, una copia de todos los textos originales. Por la índole de los errores detectados, se infiere que quienes los cometen (los que transcriben las grabaciones) no son personas informadas sobre literatura chilena ni latinoamericana, e incluso

parecen portadoras de una cultura general bastante precaria. Doy a continuación una breve muestra de errores.

Como la conferencia de Saramago se había publicado antes, es fácil comprobar que donde él usa la palabra "coda", en sentido musical, se encuentra la palabra "cosa" (p. 25), y donde dijo "el Todo y la Nada", se lee "el autor y la nada" (p. 27). A la ponencia de Nelson Osorio le alteran la escritura de los nombres propios que menciona, y el título de la novela de Augusto D'Halmar que cita, *Pasión y muerte del cura Deusto*, queda convertido en *Pasión y muerte del cura Ostion* (p. 72). También a la ponencia de Mario Rodríguez le trabucan algún nombre propio: Leonidas Morales termina en Gabriel Morales (p. 73). Alfonso Calderón, moderador de una de las mesas, al recordar el tiempo en que él y Lafourcade trabajaban en Zig-Zag, una editorial que publicaba a autores chilenos, sobre todo jóvenes, habría dicho: "nosotros metimos allí 'El lobo' y 'Patitas de perro'", dos novelas de Droguett. Por supuesto, Calderón no dijo "El lobo" sino *Eloy*.

Hablando de lo grotesco en *El obscuro pájaro de la noche*, a Javier Sanjines se lo hace decir en un momento: "cuando la Iris tiende a Damián sobre una toalla" (p. 186). Sólo alguien que no ha leído la novela de Donoso podría oír en la grabación "Damián", que no existe, y no "Damiana", que es el caso. Sergio Pitol por su parte aparece haciendo una afirmación que por la forma en que se la transcribe resulta casi enigmática: "En la nueva novela hispanoamericana, Carlos Fuentes desarrolló conceptos que perfectamente podían aplicarse a *El obscuro pájaro de la noche*" (p. 281). Claro, el enigma desaparece cuando la frase "la nueva novela hispanoamericana" se la escribe como corresponde, así: *La nueva novela hispanoamericana*, porque es el título de un ensayo de Fuentes, cosa que también ignora la persona que transcribe.

Dejo para el final algunos de los errores más sorprendentes de interpretación de lo registrado en las grabaciones. Serían casi cómicos si no existiera el peligro de que alguien (nunca faltan) no se percatara de que son errores y los tomara en serio, es decir, que pensara que el autora quien se le atribuyen esas palabras pudo en efecto pronunciarlas, o, peor aún, que aceptara como ciertos los hechos referidos en ellas. Y por desgracia, para mal de mis males, irrumpen justamente en el texto de la conferencia

que yo di en aquel Coloquio. Como conservo una copia, puedo comparar las dos "versiones".

En mi conferencia comenzaba diciendo que hasta el cambio operado por las novelas de Donoso, la vedette de la literatura chilena contemporánea había sido la poesía. Y agregaba: "Méritos no le faltaban a esta poesía: renovación continua desde que emerge en la década de 1910, multiplicidad de registros, riqueza y dominio de los recursos verbales", etc. Pero lo que se lee en el libro es esto: "Méritos no le faltaban a esta poesía, ni renovación continua desde que Gustavo Adolfo Bécquer, en la década de 1919, expusiera una multiplicidad de registros", etc. (p. 38). Estos son algo más que errores de interpretación de lo que se oye: son disparates culturales de grueso calibre.

Los transcriptores de las grabaciones aparecen aquí investidos de los poderes del mago, del ilusionista: se sacan de la manga a Bécquer, un poeta romántico español del siglo XIX que nunca se nombra en la conferencia, y lo convierten en un poeta chileno del siglo XX que interviene activamente en los orígenes de nuestra poesía contemporánea. Y nada menos que en la década de "1919": con esos mismos poderes logran, de paso, el extraño milagro de producir una "década" de un solo

año... Frente a eso, casi resulta excusable que en la frase "capacidad para liberar inagotables efectos de sentido" se sustituya "liberar" por "liderar" (p. 40), que, sin saber cómo ni por qué, Henry James pase a ser Huxley (p. 40), y que en la frase "cuya épica fundacional narran", la palabra "épica" se transforme en "réplica" (p. 41).

¿Qué conclusión sacar al final? ¿Que la condición textual de un libro es menos relevante que su dimensión de objeto físico? ¿Que si el lector se gratifica con la belleza del diseño del libro ya puede considerarse como algo secundario, o menor, el que los textos que lo componen aparezcan maltratados y desfigurados por la incompetencia de quienes los editan, es decir, por la ausencia del saber específico que exige una edición de textos críticos? Pero entonces, ¿no estamos topándonos, aquí también, con otra expresión del tipo de cultura que se ha apoderado del espacio público chileno, una cultura como correlato del mercado y modelada por los medios de comunicación de masas, donde el pseudosaber sustituye al saber porque lo que importa, en último término, son los efectos de imagen y la estética del espectáculo? Resulta irónico, y a la vez sintomático, que estas preguntas haya que hacerlas a raíz de una publicación del Ministerio de Educación...